



Elogio desmedido de...

JOSE ANGEL VALENTE

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Cuando Pepe Valente ganó el Adonais con su primer libro, *A modo de esperanza*, el periódico de su villa natal, Orense, dijo de él: "Tenemos la alegría de comunicarles que ha sido galardonado en Madrid uno de los mejores poetas de Orense del momento". El gacetillero acertó si por Orense entendía todo el ámbito de habla castellana de la Península, y si por *el momento* se refería a la poesía castellana de posguerra. Nadie es profeta en su Orense, me decía Pepe, y ya ves lo que son la fama o el honor: vanidad y apacentarse del viento, como enseña el *Eclesiastés*.

Con Valente me tropecé en el Colegio Mayor Guadalupe, recién huido él de su tierra de hermosura y de meigas, en parada previa de cinco años en Madrid a un largo viaje que le ha llevado a residir la mitad de su vida fuera de España. Yo llegaba escopeteado, tierno y puro como una flor, de una Barcelona vencida, hipócrita y falangista, desfigurada e invisible. El Guadalupe no era nada del otro mundo, pero allí estábamos unos cuantos españoles mezclados con casi un centenar de latinoamericanos, algunos de gran interés. Poetas muchos de ellos, recuerdo ahora a Eduardo Cote, colombiano; a los nicaragüenses Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Mejía Sánchez, Ernesto Cardenal y Carlos Martínez Rivas; al dominicano Antonio Fernández Spencer... Ensayistas como Rafael Gutiérrez Girardot y Hernando Valencia, también colombianos; al filósofo uruguayo Alberto del Campo, discípulo tolerado y luego amado de Xavier Zubiri... Y entre los españoles, y sobre todos, al también filósofo Emilio Lledó y al poeta cachorro Valente de marras.

Valente y yo escribíamos ya, en secreto, y compartíamos lecturas, entonces inencontrables, que nos llegaban vía América Latina: Vallejo, Neruda, Huidobro, Drumond de Andrade... Pero también llegaban, pues en España estaban prohibidos para oprobio del sátrapa de El Ferrol y de sus corifeos —que eran muchísimos, la gran mayoría, con su azuladita camisa y su corbata negra, que hoy han mudado por otra blanca de cuello alto y corbatín fantasía, cuando no por atuendo de otoñal deportivo—, también llegaban, digo, Machado, Lorca, Salinas, Alberti, Altolaguirre, Hernández... Excitantes y horribles viejos tiempos, de piojo verde, cartilla de racionamiento, tímida oposición política universitaria y Misas de culo y en latín.

Tanto en su porte exterior como en su poesía, Pepe Valente ama la forma bella y simple, la elegancia difícil, la expresión personal sin alharacas, la limpieza de un idioma que, como él dice, recogimos sucio y envilecido por la vacuidad retórica y por la pomposa malignidad de los asnos diplomados que nos quisieron imponer como patrones o maestros. Bien es verdad que en seguida Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso y el entonces vilipendiado injus-

tamente Luis Rosales nos tendían la mano, nos ofrecieron casa, aliento y amistad. Y luego el bueno de Valverde, y Bousoño detrás, y Hierro, y después Celaya y Blas de Otero, y Nora y Crémér, y no me dejó muchos más. Pero Valente y yo, sin decidirlo abiertamente, queríamos otra cosa. Aceptábamos el magisterio y las enseñanzas de estos hombres, pero no su tono, su forma de encararse muchos de ellos con España como amantes nostálgicos y desechados. No quisimos una España paisaje castellano toda ella, austeridad y miseria toda ella, grandeza y misticismo toda ella, víctima y dolorida e hiriente toda ella. Era el talante, el tono, lo que debía cambiar un poeta que poseyera dotes y oficio y una vanidad tan grande como para creer que podía y debía aguantar los modos y modas dos o tres mil años. Ser un poeta legible en cualquier tiempo y en cualquier país, llegar a lo difícil, a lo más alto con las palabras de la tribu.

El lector que haya leído los *Poemas a Lázaro*, *Siete representaciones*, *El inocente*, *Interior con figuras* y *Material memoria* sabe muy bien que Valente ha subido, peldaño a peldaño, la dura cuesta, el desafío que aceptó contra sí mismo, cada vez más arriba, al filo más fino del aire ya vacío, del pájaro sin ala: su palabra. Pero no sólo le interesa la perfección de la obra bien realizada, la belleza del cántaro o del canto, sino además el proceso de la invención, el oficio y el artificio, el archivo de la memoria personal y colectiva, el descifrar el enigma del acto creador en todos sus signos, y no sólo en poesía —verso o prosa—, sino en pintura, en música, en arquitectura, en todo lo que es bello y creado de la nada por los hombres o por el demonio. En su caballo loco del otoño reconozco el caballo loco que me late en el pecho, también sin sosegar; en sus sombras reconozco los pozos de mi angustia, en sus vicios reconozco asimismo mis virtudes. Pepe Valente es para mí más que un compañero al que admiro y amo: es uno de mis poetas favoritos. El lo sabe, y en medio de este mundo en bancarrota que él y yo y otros muchos hemos propiciado, sabiéndolo, me mira y me pregunta y se pregunta: *Dime/con qué rotas imágenes ahora/recomponer el día venidero,/trazar los signos,/tender la red al fondo, vislumbrar en lo oscuro/el poema o la piedra/el don de lo imposible.*

Con tacto amoroso de pescador ciego, de Rey mendigo o príncipe entre escorias, todo lo que recibimos como extraño patrimonio, como heredad de un viejo dios gastado y exquisito. Y qué frío allá abajo o acá arriba, cuánto pedir perdón por saber algo que muchos no saben: que la muerte no le pude a un buen poema, y saber además hacer un buen poema. ●

TRAS haberse mantenido cerrado el Grec el pasado verano, la nueva Delegación de Cultura que ahora preside Joan Anton Benach —crítico teatral durante muchos años del diario “El Correo Catalán”, y responsable del espléndido programa televisivo catalán “Tot Art” hasta que los mandos locales decidieron suprimirlo— se propuso, tras una serie de consultas con profesionales locales, abrirlo. Para ello se estableció una programación de urgencia —razonadamente de urgencia— después de examinarse más de 40 propuestas de actuación de grupos locales, lo que demuestra la aceptación general de la profesión a este Grec 79. Una programación que comprende 23 espectáculos, de los que 12 son teatrales, cinco están dedicados a los niños, cinco son musicales y uno es de danza. Por otra parte, en el área teatral se presentan siete novedades rigurosas para los espectadores catalanes.

IDEAS BASICAS

Tras las primeras elecciones democráticas al Ayuntamiento, la alternativa del Grec pasaba, en primera instancia, por la decisión de abrirlo o no abrirlo. Con el tiempo en contra, la Delegación de Cultura, y una vez que tanteó el tema con un número indeterminado —pero representativo— de la profesión, optó por abrir el recinto y hacer posible así una serie de montajes y espectáculos diversos. Para hacer viable la apertura, por un lado se lanzó oficialmente una convocatoria que en ningún caso se planteó como un concurso estricto, sino más bien como una opción a presentar propuestas de trabajo con posibilidades, dadas las premuras de tiempo en que se movía la temporada, de integrarse en la programación.

Al mismo tiempo se nombraba una comisión técnica de asesoramiento cara a la programación, integrada por Jordi García-Soler, Angel Alonso, Jaume Melendres y quien esto firma. Paralelamente se buscaron espectáculos de fuera susceptibles de venir al Grec. Estaban claros los principios básicos que inspiraban la